

PAPELES PARA LA HISTORIA (1)

# Felipe II

EL ENIGMA DEL HOMBRE ENFERMO

Antonio Martínez Llamas

EOLAS & MENOSLOBOS

## ÍNDICE

- p. 11 Prólogo
- p. 17 Prefacio
- p. 39 CAPÍTULO 1  
Año de 1527. Nace Felipe
- p. 59 CAPÍTULO 2  
La lactancia. Las nodrizas de Felipe
- p. 73 CAPÍTULO 3  
El cese de la lactancia. Se «desvanece» *Felipito*
- p. 85 CAPÍTULO 4  
La primera infancia de Felipe (1530-1536)
- p. 97 CAPÍTULO 5  
1539. Un año crucial en la vida de Felipe
- p. 105 CAPÍTULO 6  
Año de 1544. La importancia de la sarna
- p. 115 CAPÍTULO 7  
Los médicos de Cámara y la interpretación del oficio de la medicina
- p. 139 CAPÍTULO 8  
La gota y las enfermedades cortesanas
- p. 161 CAPÍTULO 9  
El «morbo articular» del Rey Prudente
- p. 197 CAPÍTULO 10  
Las desgracias familiares y un «catarro» inclemente
- p. 215 CAPÍTULO 11  
Los problemas oculares y las jaquecas. Carácter y melancolía.  
Un rey depresivo, desconfiado y burócrata. La religión y el fetichismo de las reliquias
- p. 259 CAPÍTULO 12  
La muerte
- p. 285 Anexos
- p. 327 Notas
- p. 343 Bibliografía
- p. 349 Figuras

## PRÓLOGO

**L**egado el momento de juzgar a Felipe II como figura histórica, al igual que a otros personajes de talla semejante, se debe evitar el hecho de caer en errores bastante cronificados. Uno de ellos es juzgar los aciertos y los fallos de la época filipina con arreglo a los planteamientos políticos y sociales según las coordenadas del momento actual. Sin embargo, no cabe duda de que todo personaje histórico está expuesto a ser juzgado en base a este criterio. Es más, no deja de ser una inclinación natural a la hora de explicar las decisiones de Felipe II. Por ejemplo, se tiende a estimar la manera de administrar el vasto imperio con razonamientos *a posteriori*, lo que condiciona a calificarla irremediamente, en ocasiones, de lenta e indecisa; si bien los contextos social, político, económico y religioso de la época, así como las circunstancias familiares y personales del rey, resultaron determinantes.

Precisamente, el otro gran desliz en que han incurrido muchos historiadores y biógrafos del Rey Prudente ha sido no adoptar, con rigurosidad, un criterio más amplio a la hora de analizar su figura y sus actos a lo largo de su extenso reinado, siendo muy abundante la bibliografía que aborda los acontecimientos políticos, sociales y militares, pero escaseando otros no menos esclarecedores como es el historial clínico del monarca. La historiografía sobre Felipe II, con ser amplia y muy valiosa, ha pecado de cierta linealidad, ensombreciendo de algún modo otros aspectos que no pueden obviarse y que resultarán muy valiosos para el lector.

La obra presente, *Felipe II, el enigma del hombre enfermo*, se centra, justamente, en el complejo historial médico del rey, conjugando en cada capítulo su carácter público y privado, a la búsqueda de ciertas claves que permitan explicar algunas decisiones políticas de enorme calado durante su gobierno,

así como otras de tipo familiar y personal. Por tanto, en el texto se analiza hasta qué punto su reinado se vio marcado por los avatares de la salud, que evidenciaron su particular estado de ánimo en momentos críticos de su vida, un aspecto que no suele detallarse en las publicaciones sobre el personaje. El denominador común es obviar o reducir a la mínima expresión una realidad mucho más compleja que lo puramente político. Porque, en ocasiones, los «pequeños detalles» son también básicos a la hora de recomponer cualquier historia personal. Por ello me atrevo a afirmar, aun a riesgo de equivocarme, que existe un déficit en el estudio de Felipe II como paciente; una carencia que el presente libro de Antonio Martínez Llamas ayuda a paliar. *Y el enigma* es una locución muy acertada.

Felipe II vivió 71 años, una edad avanzada para el siglo XVI. Como monarca de España y Portugal llegó a reinar sobre un imperio enorme que se extendía por Europa, América, África y Asia. Sin embargo, como era de esperar, estuvo sujeto a enfermedades como cualquier mortal, una circunstancia que influyó en la dirección del Estado. Su longevidad fue un arma de doble filo, puesto que la muerte golpeó con demasiada frecuencia en su entorno, de modo que enterró a esposas, hijos, amigos, miembros destacados de la Corte y rivales políticos. Curiosamente, la salud fue una preocupación importante en la abundante correspondencia de Felipe II, sobre todo en las cartas a sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, habidas del matrimonio con su tercera esposa Isabel de Valois. Lo cierto es que las enfermedades de los distintos miembros de la dinastía de los Austrias fueron frecuentes, y Felipe II las padeció en buen número, pero las esquivó en aras de la longevidad.

El estilo de vida de los monarcas traía como consecuencia la aparición de cuadros clínicos ante los que estaban irremediablemente más expuestos, mermando su calidad de vida y, con toda seguridad, su habitual estado de ánimo. De sobra conocidas son las penurias que sufrieron Carlos V y Felipe II a causa de la gota, un cuadro nosológico que los castigó sobremedida. El Rey Prudente se vio también afectado por enfermedades infecciosas, sujeto igualmente a dolores articulares y cólicos de repetición. Dentro de la Corte, dolencias de tipo reumático, así como alteraciones hepáticas, renales y venéreas afectaron, por ejemplo, a Felipe IV. Un rey enfermo lo fue Carlos II «el Hechizado», pero gobernó más años de lo esperado.

Como señala Antonio Martínez Llamas en este ensayo, las condiciones de vida de los reyes, marcadas por dietas abundantes en carnes, el seden-

tarismo, el componente genético y las endogamias les predisponían hacia la cronificación de las enfermedades. Y como no podía ser de otro modo, Felipe II contó a lo largo de su vida con una nómina de ochenta médicos de Cámara, cuyas huellas documentales han sido consultadas y valoradas profusamente por el autor. Y había una conexión entre la enfermedad y las condiciones impuestas por el cielo, de modo que Felipe II siempre defendió que su poder emanaba de Dios, y era Él quien concedía la salud y la enfermedad. Así sostenía su visión mesiánica y providencialista del mundo, defendiendo a la Iglesia católica ante la herejía y el protestantismo.

Hay que tener en cuenta que cualquier enfermedad acontecida en la Corte era recibida con gran preocupación, porque había temor a que la dinastía se tambaleara, puesto que era esta institución la que se mantenía con la adecuada renta de la descendencia. La presencia de un heredero proporcionaba la necesaria estabilidad; por tanto, el deber de una reina era alumbrar cuantos más hijos mejor, y máxime si eran varones. Ello explica la atención que se otorgaba al peligroso momento del parto y la temida fiebre puerperal, de suerte que cuando todo resultaba exitoso era celebrado con gran alegría popular. Así fue en el caso del nacimiento de Felipe II, sucedido en Valladolid el 21 de mayo de 1527, en la casa que por aquel entonces era propiedad de Bernardino Pimentel, próxima a la iglesia de San Pablo. Aquella fue una gran noticia, eliminado así el problema sucesorio. Carlos V e Isabel de Portugal habían cumplido con su esperada función reproductora.

Como resulta evidente, el foco de interés se centraba siempre en la salud del heredero al trono, así como en otros posibles candidatos si ocurría alguna fatalidad en la línea sucesoria. Aun así, las noticias de sus enfermedades eran incompletas o pasaban muchas veces desapercibidas. Dada la enorme distancia con los actuales conocimientos científicos, es lógico que en muchas ocasiones a ciertos autores les resulte harto complicado, cuando no imposible, detallar algunas dolencias o las causas concretas del fallecimiento de un rey. La vida y la muerte, en una época como la que le tocó conocer a Felipe II, estaban separadas por una fina línea.

Lejos de la típica y popular imagen del monarca enlutado, sedentario y achacoso que caracterizó el último tramo de su reinado, el ensayo *Felipe II, el enigma del hombre enfermo*, nos aporta la visión de un monarca que gozó de una salud aceptable hasta los 50 años aproximadamente, no exentos los años pretéritos de algunos problemas. Siendo príncipe, el cuadro de Tiziano nos muestra a un Felipe joven y lleno de energía. Desde su infancia